

Nuria Calduch-Benages

LA PALABRA CELEBRADA

Explicación bíblica de las lecturas
de todos los domingos y fiestas

Adviento y Navidad, ciclo B

Del 3 de diciembre de 2023

al 7 de enero de 2024

dossier **CPL**
2023

ADVIENTO

Domingo 1 de Adviento

Primera lectura: Isaías 63,16-17.19b; 64,2b-7

¡Oh, si rasgaras los cielos y descendieras!

La primera lectura está entresacada de las últimas páginas del libro de Isaías, más exactamente de una oración de súplica penitencial, patética e intensa, de parte de un pueblo consciente de su pecado y de la ruina material y moral del país (Is 63,7-64,11). Obra de un profeta anónimo del post-exilio conocido como el Trito o Tercer Isaías, esta oración refleja el ánimo de los primeros judíos que regresaron a Palestina después del edicto de Ciro (538 aC), un decreto en el que el rey ordenaba la reconstrucción del templo de Jerusalén y permitía a los judíos exiliados en Babilonia regresar libremente a la patria (cf. Esd 1,1-4; 6,3-5).

El profeta junto con la comunidad invoca a Dios, que parecía ausente ante las lágrimas de su pueblo, con actitud humilde pero insistente. El pueblo no entiende que el silencio actual de Dios es una estrategia que Él utiliza para conducirlos al recto camino. La súplica se desarrolla en varios momentos. Empieza recordando la liberación de Egipto obrada por el Señor y a la vez el pecado de los israelitas que se rebelaron y entristecieron su espíritu (63,7-14). Sigue una invocación a Dios como padre –aquí de hecho empieza nuestra lectura– para que consiga el arrepentimiento del pueblo (Is 63,15-18). El centro de la oración es la súplica insistente para que Dios «rasgue el cielo y baje», es decir, para que se manifieste de nuevo. Al final, se vuelve a invocar la paternidad de Dios, responsable del pueblo como obra de sus propias manos (Is 64,1-11).

A la decisión de Dios, que no duda en abandonar las alturas y bajar a la tierra, corresponde la conversión del pueblo que se pone en camino hacia el Señor. Amor de Dios y esperanza del pueblo se entrelazan en el corazón del Adviento.

Segunda lectura: 1 Corintios 1,3-9

Esperamos la revelación de nuestro Señor Jesucristo.

La primera carta a los Corintios, la carta más pastoral del apóstol Pablo, empieza con unas palabras de agradecimiento «por la gracia que Dios os ha dado en Cristo Jesús». En estas palabras descubrimos el mismo dinamismo que hemos señalado en la lectura del profeta Isaías. La comunidad cristiana de Corinto ha recibido del Señor los dones de la palabra y del conocimiento, dones que aluden a los carismas que serán tratados

en los capítulos 12–14. Pablo no menciona, en cambio, la caridad, lo que podría sorprender al lector, pues la caridad está por encima de los dones mencionados. Ahora bien, la omisión se comprende, si se tiene en cuenta que la comunidad estaba viviendo momentos difíciles a causa de divisiones y conflictos internos. Pablo no quería empezar su carta poniendo el dedo en la llaga.

La «manifestación de nuestro Señor Jesucristo» y el «día del Señor» (en nuestro texto «hasta el final») son expresiones que indican la venida de Cristo al final de los tiempos. Después de la resurrección de Jesús, la Iglesia vive «los últimos tiempos», porque ya no hay que esperar otros acontecimientos en la historia de la salvación.

Evangelio: Marcos 13,33-37

Estad alerta, ya que no sabéis cuándo será el tiempo.

Estos versículos pertenecen al «sermón escatológico» del evangelio de Marcos (Mc 13), donde Jesús expone su doctrina sobre la escatología o acontecimientos últimos. La última parte de dicho sermón, tan desarrollada en Mateo, se reduce en Marcos al breve texto que la liturgia nos propone para este domingo.

Se trata de la parábola del hombre que se ausenta de su casa y distribuye a sus servidores diversas responsabilidades. También aquí, como en las lecturas precedentes, se conjugan espera y movimiento. Jesús nos presenta a un hombre que se fue de viaje, pero en el aire se respira el clima del regreso. Desde la lejanía ya ha trazado el programa del retorno. Será una llegada inesperada, pero segura. Por eso, el portero de turno tendrá que estar en guardia en todas las vigiliass nocturnas. Marcos, adaptándose a la costumbre de los romanos para los que escribe, menciona cuatro vigiliass: atardecer, medianoche, canto del gallo y amanecer. En otras palabras, tendrá que estar siempre vigilante, sin bajar la guardia ni ceder al sueño porque el amo puede llegar en cualquier momento de la noche. Basta fijarse en las veces en que se repite el verbo «vigilar» (4 veces), para darse cuenta que este término encierra el mensaje principal del relato. Velar significa estar despierto cuando los demás suelen dormir.

Esta parábola es, en realidad, una alegoría o relato simbólico. El amo es Cristo, la casa es su comunidad de salvación a través de la historia, su ausencia es el tiempo de la Iglesia y sus servidores, cada uno con su tarea, son los discípulos en quien delega su autoridad. Vendrán tiempos difíciles y hay que estar preparado para lo que pueda acontecer. De ahí esta llamada a la fidelidad, el coraje y la vigilancia.

Domingo 2 de Adviento

Primera lectura: Isaías 40,1-5.9-11

Preparad los caminos del Señor.

Este oráculo hace de prólogo o introducción a todo el libro del Deutero o Segundo Isaías (Is 40–55), profeta anónimo del exilio babilónico. Conocido también como «el Libro de la Consolación» con motivo de la exhortación inicial: «Consolad, consolad a mi pueblo» (Is 40,1), se caracteriza por su tono marcadamente positivo y por su mensaje de esperanza. El pueblo todavía está en el destierro, pero ya se vislumbra la caída de Babilonia y, por consiguiente, el fin de la cautividad.

El oráculo va dirigido a Jerusalén, figura de un pueblo desolado y resignado que no sabe que la liberación está cerca. De pronto, el profeta anuncia el fin del castigo (pues el exilio es interpretado como el castigo por los pecados de Israel) y exhorta al pueblo a preparar un camino al Señor, porque el Señor ya viene. El retorno a la patria parece un nuevo éxodo. Si en el pasado los israelitas salieron de Egipto peregrinando por el desierto para llegar a la tierra prometida, ahora salen de Babilonia y emprenden un largo viaje triunfal que culminará en Jerusalén. Moisés y Ciro de Persia, los guías respectivos de ambos éxodos, solo son instrumentos en las manos del Señor que se muestra decidido a liberar a su pueblo de toda esclavitud. El regreso a la patria va acompañado de una maravillosa transformación cósmica, porque es el Señor quien guía este itinerario. Y lo hace, paradójicamente, con la fuerza del guerrero (Is 40,10) y la ternura del pastor (Is 40,11).

Segunda lectura: 2 Pedro 3,8-14

Esperamos un cielo nuevo y una nueva tierra.

La segunda carta de Pedro, tradicionalmente atribuida al apóstol, muestra gran parecido con la carta de Judas y, sin embargo, tiene notables diferencias tanto doctrinales como literarias con la primera carta de Pedro. Por estos motivos, hoy se piensa en un autor y unos destinatarios de la segunda generación cristiana (ca. 125 dC).

La carta se presenta como una especie de «testamento pastoral» del apóstol. Según este género literario, el personaje en cuestión, cercano a la muerte, reúne a los suyos para darles las últimas recomendaciones, sobre todo para que se mantengan unidos y firmes en la fe a pesar de los

peligros internos de la comunidad. Hay falsos maestros que consideran la gloriosa venida del Señor como un engaño. Rechazan la doctrina escatológica, afirman que nada ha cambiado desde la creación del mundo y que la espera es inútil. Pedro desmonta sus objeciones argumentando que no tienen en cuenta los datos de la Escritura ni el modo de ser y actuar del Señor. Su respuesta es doble: por un lado, para el Señor el tiempo es eterno (2 Pe 3,8) y, por otro, la parusía no llega porque el Señor espera a que nos convirtamos.

Los vv. 11-13 son una invitación a la responsabilidad moral. Los cristianos son llamados a vivir en santidad para apresurar la venida del Señor que no coincidirá simplemente con el fin el mundo sino con su transformación («un cielo nuevo y una tierra nueva»).

Evangelio: Marcos 1,1-8

Allanad los senderos del Señor.

Las primeras líneas del evangelio de Marcos forman parte de una sección introductoria a modo de prólogo (Mc 1,1-15). El primer versículo es el título o encabezamiento y los demás presentan a Juan Bautista como punto de partida de la obra de Jesús.

El título, de carácter programático, es una afirmación de optimismo, porque menciona la palabra «evangelio», que en el mundo griego y romano significaba el gozo de una «buena noticia» excepcional: «Inicio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (Mc 1,1). «Jesús» indica la humanidad de Cristo y su función salvífica. «Cristo» subraya el aspecto mesiánico remitiéndonos al Antiguo Testamento. «Hijo de Dios» expresa la fe en la dignidad trascendente de Jesús que el evangelio revela de forma progresiva. De hecho, los vv. 2-3 aplican a Cristo las mismas palabras proféticas que hemos escuchado en el oráculo de Isaías: «Preparad el camino al Señor».

El encargado de preparar el camino al Señor, entiéndase de abrir paso al evangelio, es Juan Bautista, el profeta de la esperanza cristiana. Lo hace mediante un gesto: el bautismo de conversión. Juan predicaba para que el pueblo se convirtiera y se bautizara. ¿Dónde? En el desierto, lugar clásico del encuentro con Dios en la mentalidad bíblica (v. 4). Su éxito inicial fue apabullante (v. 5), pues dice el texto griego que «salía hacia él toda la región de Judea (las gentes del campo) y todos los jerosolimitanos (los de la ciudad)». Su vestido, firmeza y autoridad evocan la figura del profeta Elías y con ella su ardiente celo profético (v. 6). Consciente de su papel y de sus propios límites, el Bautista dejó claro que él no era el Mesías sino su precursor de quien no era digno de agacharse «para desatarle las sandalias» (v. 7). Anuncia su venida y su bautismo, un bautismo que no se hará con agua ritual sino con la realidad divina del Espíritu Santo (v. 8).

Domingo 3 de Adviento

Primera lectura: Isaías 61,1-2a.10-11

Yo me regocijaré con sumo gozo en el Señor.

Escuchamos la voz del profeta anónimo, llamado convencionalmente Trito o Tercer Isaías, autor de la última parte del libro Isaías (Is 56–66), ambientada en el post-exilio. Estos capítulos contienen un mensaje de esperanza dirigido a los exiliados que han regresado a la patria después del destierro en Babilonia. Nuestra lectura se compone de los primeros y últimos versículos (se omite la parte central) de un largo oráculo de salvación que abarca todo el capítulo 61 de Isaías y que alguna ediciones de la Biblia titulan «El año de gracia del Señor».

En el fragmento inicial (Is 61,1-2a) habla el profeta-ungido del Señor. Su misión es anunciar al pueblo el gozo de la restauración de Israel a la vuelta del destierro. Sus destinatarios son los pobres (en el texto: «los que sufren»), los afligidos, los cautivos y prisioneros. Su mensaje es gozoso y liberador: buena noticia para los pobres, esperanza para los enfermos (lit.: «vendar los corazones desgarrados»), liberación para los esclavos y encarcelados. En resumen, como un heraldo de Dios, el profeta anuncia un año de gracia, un tiempo de gozo, esperanza y libertad.

En el fragmento conclusivo (Is 61,10-11), la nueva Jerusalén responde al favor de Dios con un canto de júbilo y agradecimiento por la liberación y salvación experimentadas y por la alianza concluida. Nótese las imágenes esponsales al final del v. 10, en que la esposa Jerusalén recibe como traje la salvación y como manto la justicia, el diadema nupcial y las joyas de la felicidad.

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 5,16-24

Vuestro espíritu entero, se conserve para cuando venga el Señor.

En esta carta, el escrito más antiguo del Nuevo Testamento (50-51 dC), Pablo se dirige a una comunidad cristiana bastante numerosa y organizada que vive su compromiso de fe con sinceridad y que resiste a la persecución.

En el fragmento de hoy el apóstol no se pierde en elucubraciones teológicas sino que da una serie de recomendaciones prácticas para la vida en comunidad, es decir, pautas y consejos para vivir en armonía evitando el mal: la alegría, la oración incesante, el agradecimiento, el celo por los

carismas y las tareas misioneras y evangelizadoras («la profecía»), la búsqueda inteligente de los valores, la pureza, la santidad conquistada día a día. Es una lección de espiritualidad y serenidad, para poder afrontar las tensiones del mundo.

Evangelio: Juan 1,6-8.19-28

En medio de vosotros está uno a quien no conocéis.

La tercera lectura de hoy yuxtapone dos fragmentos del cuarto evangelio. El primero (Jn 1,6-8) pertenece al «Prólogo» del evangelio de Juan (Jn 1,1-18) y el segundo forma parte del texto siguiente conocido como «el testimonio de Juan el Bautista» (Jn 1,19-34). Si el primero define la misión del precursor, el segundo la ilustra con un ejemplo.

Los vv. 6-8 del Prólogo presentan la misión de Juan Bautista con esta expresión: «ser testimonio de la Luz». Desde el primer momento queda claro que el Bautista no era la Luz sino testigo de ella. Quizás estas palabras respondían a una excesiva valoración de Precursor de parte de sus discípulos. Expresión característica del cuarto evangelio, «dar testimonio» significa hablar de lo que uno ha visto. Y a su vez «ver» se refiere no a una visión material, lo que se ve con los ojos, sino a una experiencia personal, viva y profunda. De ahí que el que da testimonio hable con conocimiento de causa, con convicción y pasión; con alma, vida y corazón.

Juan da testimonio de la Luz, y por el Prólogo sabemos que la Luz que viene al mundo para iluminar a toda persona es Jesucristo. Así que su misión es dar testimonio de Jesús, el Hijo de Dios. Ante las insistentes preguntas de sacerdotes, levitas y fariseos, Juan les hace ver que él no es portador de un mensaje específicamente suyo. No es a él a quien tienen que escuchar. Él no es ni el Ungido del Señor, ni Elías redivivo ni el Profeta o nuevo Moisés anunciado en el Deuteronomio. Por eso, se presenta como lo que en realidad es, un mensajero del Señor y, citando las palabras de Isaías (Is 40,3), afirma con contundencia: «Yo soy la voz que grita en el desierto: Allana el camino del Señor» (v. 23).

Juan el Bautista es una voz-guía que tiene como misión dar a conocer a la humanidad la persona definitiva, la luz perfecta, el bautismo con Espíritu y no solo con agua, Aquél a quien no es digno de desatar la correa de la sandalia. En resumen, Juan el Bautista es un testigo que confirma y prepara lo que el Mesías dirá. Y cuando esa voz divina se escuche directamente, él se retirará por completo lleno de gozo por haber cumplido su misión.

Domingo 4 de Adviento

Primera lectura: 2 Samuel 7,1-5.8b-12.14a.16

El reino de David permanecerá eternamente.

La primera lectura reúne varios versículos salteados de la profecía de Natán conocida como la *magna charta* de la monarquía y de la dinastía davídica. Sentado en la «casa de cedro», David piensa que no es justo vivir en medio del lujo mientras su Dios «vive en una tienda», es decir no tiene una morada estable. David confía a Natán la idea de construir un templo para el Señor y el profeta lo anima a poner en práctica su proyecto.

El Señor, sin embargo, rechaza abiertamente la idea de David considerándola una grave ofensa, pues no es el siervo quien debe construir una casa para su señor. El Señor nunca ha deseado una casa y nunca la ha necesitado desde la salida de Egipto. Ahora bien, que el Señor haya rechazado la propuesta de David no significa que le haya retirado su favor, pues siempre ha estado a su lado y lo seguirá estando. Al contrario, el Señor anuncia que será él mismo quien construirá una casa (entiéndase, una dinastía) para David. En resumen, el Señor rechaza un «templo» para sí y promete una «dinastía» para el rey. Así pues, el favor divino hacia David se extiende también a su descendencia. La consecuencia inmediata de esta promesa cae sobre Salomón, el hijo de David y su inmediato sucesor en el trono (v. 12). Salomón, cuyo nombre no aparece en el relato, será quien «edificará una casa a mi nombre» (v. 13a), dice el Señor.

Con todo, esta promesa no se detiene en Salomón sino que se proyecta en el futuro. De hecho, se deja entrever la aparición de un descendiente ideal que llevará a término todas las aspiraciones de la dinastía davídica. La promesa del Señor será una promesa para siempre (v. 16). En línea con la de Abraham, la alianza davídica será un ancla de salvación que servirá para mantener alta la moral del pueblo y viva su esperanza en los momentos difíciles.

Segunda lectura: Romanos 16,25-27

El misterio que ahora se ha manifestado.

La segunda lectura nos presenta la discutida conclusión de la carta a los Romanos que algunos exegetas consideran un añadido posterior y que en algunos códices aparece colocada en una posición distinta a la presente. De indiscutible tono apocalíptico, podría haber sido escrita por un

cristiano de finales del siglo II, buen conocedor del pensamiento paulino, que recoge la reflexión teológica llevada a cabo por la comunidad cristiana durante los años.

Estos tres versículos conclusivos (Rom 16,25-27) son una magnífica doxología en la que la Iglesia expresa con Pablo su asombro ante el misterio de la encarnación y la salvación ofrecida a la humanidad entera. Se trata de un misterio «anunciado mediante las escrituras proféticas» (en nuestro texto: «manifestado en la Sagrada Escritura»), entre las cuales podemos recordar el oráculo de Natán que hemos leído en la primera lectura. Un misterio que ahora se ha manifestado y revelado.

Evangelio: Lucas 1,26-38

Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo.

La liturgia nos propone el mismo evangelio que leímos en la fiesta de la Inmaculada Concepción, es decir, la escena lucana de la anunciación a María. Si entonces nos fijamos especialmente en la figura de María, hoy nos ocuparemos de los dos temas principales del relato: sus dos temas principales: la mesianidad y la divinidad del niño que va a nacer. Algunos han entendido el relato de la anunciación esencialmente como una respuesta a la objeción de María: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?» (v. 34). En realidad, el centro del relato no es éste sino la concepción por obra del Espíritu Santo, la presencia divina en el Hijo Jesús.

Lucas parece presentar a María como el arca de la alianza en el templo de Sión, sede de la presencia del Señor en medio de su pueblo. Por eso, el ángel evoca la sombra de la nube que «cubría» el templo, indicando la irrupción del misterio y por eso también la llama «llena de gracia», impregnada de la santidad divina. Es el mismo Dios que la ha llenado de gracia para ser la madre de su hijo. María será la madre del Hijo de David, del Mesías esperado. En ella se cumplirán las esperanzas mesiánicas esbozadas en la profecía de Natán. Ahora bien, por encima de todas las esperanzas mesiánicas de Israel, el ángel revela que el niño que va a nacer será verdaderamente Hijo de Dios. María está llamada, pues, a ser la madre del Hijo de Dios.

Una vez comprendida su vocación, la acepta generosamente pronunciando un «sí» que ha transformado la historia de la humanidad. Gracias a su consentimiento a la voluntad divina, el mundo ha recibido la salvación total y definitiva por medio de Jesús, el hijo de María. Su respuesta no es resignación o sumisión pasiva, como a simple vista pudiera parecer, sino aceptación libre y gozosa de la Palabra de Dios en su vida. Un auténtico modelo de fe.

NAVIDAD

Navidad (misa de medianoche)

Primera lectura: Isaías 9,1-3.5-6

Un hijo se nos ha dado.

A los oscuros versos de Is 8,21-23, donde se describen los días oscuros que se cernirán sobre las tribus y las regiones del Norte (Zabulón, Nefatlí y Galilea) provocados por la invasión asiria, sigue un oráculo donde se anuncia la salvación (9,1-6) bajo las imágenes de luz, victoria y gozo exultante. Dicha salvación vendrá a través del nacimiento (o bien la entronización) de un rey liberador descendiente de la casa de David.

«El día de Madián» en 9,3 evoca la victoria que obtuvo Gedeón gracias a la intervención prodigiosa del Señor que sembró el pánico y la confusión entre los madianitas quienes, matándose los unos a otros en la oscuridad, al final huyeron despavoridos (Jue 7,19-25). El mensaje central del episodio es evidente: la victoria es completamente obra del Señor.

El niño que ha de venir (el mismo Emmanuel de Is 7,14) recibe cuatro nombres simbólicos que ponen de manifiesto la acción de Dios en su persona («Maravilla de consejero», «Dios guerrero», «Padre perpetuo», Príncipe de la paz») a la vez que aluden a la restauración en Israel de la dinastía davídica, una restauración que tendrá su centro en la fuerza de la paz.

La última frase del oráculo («el celo del Señor lo realizará») hace referencia al amor apasionado del Señor por su pueblo y al cambio de destino que traerá consigo el nacimiento (o bien la entronización) del nuevo rey. Su objetivo es confirmar una vez más que la salvación viene del Señor y no de la casa real.

Segunda lectura: Tito 2,11-14

Ha aparecido la gracia de Dios para todos los hombres.

Este fragmento constituye el corazón de la carta que Pablo dirige a Tito, su discípulo y compañero de misión que tanto le ayudó a reconciliarse con la comunidad de Corinto durante su tercer viaje misionero, cuando se encontraba en la ciudad de Éfeso. Tito fue la persona clave para resolver el conflicto.

En esos cuatro versículos, Pablo presenta la encarnación de Jesucristo como fundamento de la vida cristiana. Su ejemplo enseña a superar los deseos mundanos para vivir según el evangelio, es decir con sobriedad, honradez y religiosidad.

Evangelio: Lucas 2,1-14

Hoy os ha nacido un Salvador.

El relato lucano es una contemplación del nacimiento de Jesús que ilustra la sensibilidad histórica, el arte narrativo y la profunda cristología del evangelista. Dividido en tres partes bien delimitadas: el nacimiento de Jesús (vv. 1-7), la anunciación del ángel a los pastores (vv. 8-14) y la visita de los pastores a Belén y su regreso (vv. 15-20), termina con un versículo de carácter redaccional (v. 21). Sorprende que una parte considerable del texto esté dedicada a los pastores, sobre todo si lo comparamos con el evangelio de la infancia de Mateo donde no hay pastores sino unos magos de oriente.

Nuestro fragmento recoge solamente las dos primeras partes del relato. La primera, o sea el nacimiento de Jesús, presenta un horizonte amplísimo. Hace referencia a un decreto de César Augusto que ordena hacer el censo de todo el imperio romano. Del imperio se pasa a Siria, donde gobernaba Quirino (cf. en Hch 5,37 la reacción zelota contra su administración), después a Galilea, luego a Judá y, por último, la atención se concentra en la ciudad de David llamada Belén (en hebreo, «la ciudad del pan»). Allí encontramos a María, esposa de José, encinta que, llegado el momento del parto, da a luz a su hijo primogénito, lo envuelve en pañales y lo acuesta en un pesebre. Algo del todo natural y a la vez extraordinario. La concentración ha alcanzado su clímax. Al augusto emperador con sus ambiciones de poder universal, se contraponen la máxima pobreza del nacimiento de Jesús que Lucas ha inmortalizado con el «pesebre».

A partir del v. 8, empieza la segunda parte del relato y el horizonte se ensancha de nuevo por medio de la intervención de un ángel del Señor que anuncia a los pastores una gran alegría para todo el mundo. Justamente los pastores de Judá, la categoría social más humillada, tienen el privilegio de ser los primeros en recibir el anuncio gozoso: «Os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor» (v. 11). De las tres afirmaciones sobre el niño que acaba de nacer, Lucas privilegia la primera: Salvador (en griego, *soter*), que es trasposición helenista del nombre «Jesús» (cf. Mt 1,21: «y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados»). El pensamiento lucano gira alrededor de esta afirmación: Jesús es el único Salvador.

El cántico de los ángeles (vv. 13-14) proclama que la salvación de Jesús encierra dos valores inseparables: la paz de los hombres y la gloria de Dios. Cielo y tierra se funden en un armonioso abrazo. Dios y la humanidad unidos para siempre.

Navidad (misa del día)

Primera lectura: Isaías 52,7-10

Los confines de la tierra verán la victoria de nuestro Dios.

La primera lectura está sacada del «Libro de la Consolación» (Is 40–55), obra del Deutero o Segundo Isaías, profeta anónimo del exilio. Nuestro fragmento es un himno o una invitación al canto que funciona como conclusión de Is 51,9–52,12, una unidad poética compuesta de tres oráculos de salvación: 51,9–16 («¡Despierta, Señor!»), 51,17–23 («¡Despierta, Jerusalén!») y 52,1–6 («¡Despierta, Sión!»). El contenido es una síntesis del mensaje del profeta que culmina en el siguiente anuncio de salvación: la salida inminente de los exiliados de Babilonia.

Is 52,7–10 es un canto de júbilo porque el Señor reina, regresa a Sión y rescata a Jerusalén, sumida en la miseria, devastada por los desastres de la guerra. Esta es la gran buena nueva (evangelio) que anuncia el mensajero de la paz. El texto, de una gran belleza poética y literaria, transmite y contagia alegría exultante. Todos corren, se mueven, se agitan, alzan sus voces porque viene el Señor a liberar a su pueblo. El mensajero veloz anuncia la paz y los centinelas junto con las ruinas de Jerusalén cantan a coro una misma melodía. La consolación del Señor llega y la vida renace para todos. La victoria de «nuestro Dios» se hace manifiesta y la contemplan todas las naciones (v. 10).

El canto termina con los vv. 11–12 (el leccionario los omite) donde resuena el motivo del nuevo éxodo. Si en el pasado los israelitas salieron de Egipto y atravesaron el desierto para llegar a la tierra prometida, ahora los exiliados salen de Babilonia e inician un largo viaje de regreso a la patria. La historia se repite.

Segunda lectura: Hebreos 1,1–6

Dios nos ha hablado por su Hijo.

La carta a los Hebreos desconcierta porque no se presenta como una carta. Le faltan las fórmulas iniciales habituales como el remitente, los destinatarios, los saludos. Parece más bien una larga homilía o un discurso exhortativo con una conclusión litúrgica. De hecho, el fragmento que hoy leemos, el prólogo (Heb 1,1–6), confirma lo dicho.

Amplio y solemne, el prólogo atestigua que este escrito no pertenece al género epistolar sino al parenético o exhortativo. Se podría definir como

una «palabra de exhortación» (Heb 13,22) probablemente dirigida a los cristianos provenientes del judaísmo afligidos por una grave crisis comunitaria.

Después de mencionar la revelación del Antiguo Testamento, el autor presenta al único protagonista del Nuevo Testamento, el Hijo de Dios. Él es la palabra del Padre que está al origen de todo cuanto existe e interviene de forma privilegiada en la salvación del mundo a través de una mediación de carácter sacerdotal.

Evangelio: Juan 1,1-18

La Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros.

El cuarto evangelio comienza con un himno sobre el Verbo/la Palabra (en griego, *logos*) al que nos solemos referir como «el prólogo» (Jn 1,1-18). El Prólogo es un himno cristológico independiente que fue incorporado al evangelio. Esto resulta evidente si prestamos atención a su vocabulario. Palabras clave de este himno, como *logos* («palabra»), *kharis* («gracia») y *pleras* (plenitud), no vuelven a aparecer en ningún otro pasaje del evangelio. Lo mismo vale para la idea del v. 14: la Palabra que establece su tienda en medio de nosotros. Con todo, el Prólogo es la clave de lectura que ilumina el resto del evangelio y nos permite captar su significado más profundo.

Este himno es un caso singular, y esto por dos motivos: primero, porque su autor utiliza el concepto de *logos* para identificar a Jesús con Dios; segundo, porque este *logos* presenta muchas afinidades con la *sophia* de algunos textos del Antiguo Testamento, en especial Proverbios 8 y Eclesiástico 24.

En síntesis, el Prólogo es un poema doctrinal sobre la venida al mundo de Jesucristo, Hijo de Dios y revelación del Padre. Puede dividirse en cuatro partes. En la primera (Jn 1,1-3) destaca el aspecto cosmológico: siendo Hijo y Palabra de Dios, Cristo es para la humanidad resplandor visible y comunicación de la Verdad que se identifica con Dios. Utilizando una alegoría bíblica, Cristo es la Luz de la humanidad. La segunda parte (Jn 1,6-8) es en realidad un paréntesis en la composición, pues está dedicada a la figura de Juan el Bautista presentado como «testigo de la Luz». En la tercera parte (Jn 1,9-13) el autor narra la venida de la Luz al mundo y la acogida o rechazo que recibe por parte de los humanos. La cuarta y última parte (Jn 1,14-18) versa sobre la economía de la salvación. El v. 14 constituye el clímax de la entera composición: «Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros...». Significa que la Palabra no solamente entra en el mundo sino que entra a formar parte de la raza humana. En otras palabras, la encarnación del Verbo.

La Sagrada Familia

Primera lectura: Génesis 15,1-6; 21,1-3

Te heredará uno salido de tus entrañas.

Nuestra lectura está compuesta por dos textos pertenecientes al «ciclo de Abrahán y su hijo Isaac» (Gn 12,1-25,18) en la segunda parte del libro del Génesis (cap. 12-50), conocida como la historia patriarcal. El tema central de este ciclo es la espera ansiosa de un hijo por parte de Abrahán y Sara, una pareja de ancianos, que por obvias cuestiones de edad (él tiene 85 años y ella 75), no pueden tener descendencia.

El primer texto forma parte de Gn 15, un capítulo compuesto de dos escenas distintas acopladas por la hábil mano del redactor: 15,1-6 (la promesa de un hijo) y 15,7-21 (la promesa de la tierra). El segundo texto, tomado del cap. 21, se reduce a los tres primeros versículos de la narración del nacimiento de Isaac (21,1-7). Detengámonos brevemente en cada un de ellos.

Gn 15,1-6 narra nuevamente la vocación de Abrahán (cf. Gn 12,1-3) en forma de visión nocturna. Empieza con la fórmula introductoria característica de los oráculos proféticos: «No temas». Dios pone a prueba la fe del patriarca, pues aunque le menciona una recompensa, ésta tarda en llegar. Abrahán se inquieta y por primera vez manifiesta explícitamente sus dudas a Dios (15,3), quien inmediatamente se encarga de disiparlas: le anuncia que tendrá un hijo de sus entrañas (v. 4). Confirma su promesa por medio de un símbolo. Si en Gn 13,16 le había dicho que su descendencia sería como el polvo de la tierra, ahora le dice que será como las estrellas (v. 5). Abrahán cree en una promesa humanamente irrealizable y Dios le reconoce este acto de fe. En lenguaje bíblico: Dios «se lo contó en su haber» o lo que es lo mismo «se lo reputó como justicia» (v. 6), pues el justo es una persona grata a Dios.

Gn 21,1-3, aunque pertenece a otro capítulo, funciona como conclusión del relato. Gracias a una intervención divina, Sara concibe y da a luz Isaac, el hijo de la promesa.

Segunda lectura: Hebreos 11,8.11-12.17-19

Fe de Abrahán, de Sara y de Isaac.

La segunda lectura se sitúa al inicio de la cuarta parte de la carta a los Hebreos (11,1-12,13) dedicada al tema de la fe. Ahora bien, el autor no habla de la fe de los cristianos, como cabría esperar, sino de la fe de los antepasados. Después de dar una definición de la fe y presentar los primeros ejemplos (11,1-7), el autor se concentra en la fe de Abrahán y

de los patriarcas (11,8-22). Este pasaje, marcado por la repetición de la expresión clave «por fe» (siete veces), presenta a Abrahán como el prototipo de la persona de fe. Lo hace recordando tres momentos decisivos de su vida: la salida de Abrahán hacia la tierra prometida (vv. 8-10), la promesa de una descendencia (vv. 11-12) y el sacrificio de Isaac (vv. 17-19). En todas estas ocasiones Abrahán hace gala de una fe inquebrantable en el Señor, en quien confía ciegamente. Deja su tierra sin pedirle explicaciones ni garantías. Espera la llegada de un hijo prometido, cuando él y su esposa son ya ancianos. Está dispuesto a sacrificar a su hijo amado, si ésta es la voluntad del Señor. Ejemplo para todas las generaciones de creyentes.

Evangelio: Lucas 2,22-40

El niño iba creciendo y se llenaba de sabiduría.

Leemos hoy el penúltimo episodio del Evangelio de la Infancia de Lucas, conocido como «La presentación de Jesús al templo» (Lc 2,22-40). Lucas narra la primera visita de Jesús al lugar sagrado. Recién nacido. Tiene cuarenta días. Entra en brazos de sus padres, fieles cumplidores de la Ley (cinco veces se repite en el texto la expresión «según la ley del Señor»). Son pobres y su pobreza se manifiesta en la ofrenda (cf. Lv 12,8). En el siguiente episodio, Jesús adolescente también irá al templo, pero en esa ocasión lo hará solo y por propia iniciativa (cf. 2,41-52). La «casa del Padre» se prefigura ya desde el primer momento como el centro de su vida. En otras palabras, la presentación al templo es signo y preludio de la misión del recién nacido.

Después de esta breve introducción (vv. 22-24), entra en escena el anciano profeta Simeón. Lucas lo describe como un hombre espiritual: dócil a la voz, al impulso y a la presencia del Espíritu (vv. 25-28). Con el niño entre los brazos, entona un cántico de alabanza a Dios, conocido como el *Nunc dimittis* (las primeras palabras de la traducción latina). En dicho cántico (vv. 29-32), Jesús es la luz que revela la voluntad salvífica de Dios. No se limita, pues, a iluminar a las gentes. No solo el cántico de Simeón sino también su profecía sobre la pasión de Jesús y la com-pasión de María nos recuerdan al siervo del Señor de Isaías (cf. Is 42,1-6). En paralelismo con Simeón, Lucas presenta a la profetisa Ana, arquetipo de las viudas consagradas a Dios. Austera, religiosa, perseverante y apóstol (vv. 36-38).

De Jerusalén María, José y el niño regresan a Nazaret. Lucas anticipa en el hogar de Nazaret uno de sus temas predilectos en los Hechos de los Apóstoles: el crecimiento. Jesús crecía, se robustecía, se llenaba de sabiduría, acompañado siempre de la gracia de Dios (vv. 39-40). Crecer, es decir, progresar en los valores auténticos, es el ideal de todo ser humano, de todo grupo o institución, de toda la Iglesia.

Santa María, Madre de Dios

Primera lectura: Números 6,22-27

Invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo los bendeciré.

La primera lectura ofrece algunas pistas para entender las características de la revelación en el Antiguo Testamento. El fragmento del libro de los Números (Nm 6,22-27) actualiza una antigua y hermosa fórmula de bendición que Dios enseña a los sacerdotes para que la pronuncien sobre el pueblo. Los sacerdotes serán los encargados de pronunciarla, pero es Dios quien bendice. Va dirigida a todo el pueblo, pero está formulada en segunda persona del singular, porque la bendición la recibe cada persona individualmente. Tres veces se repite el nombre de Dios, poniendo de relieve la relación personal entre Dios y la persona bendecida.

No se trata, pues, de un simple augurio o de una fórmula religiosa de saludo sino de una auténtica bendición del Señor. En el lenguaje bíblico «bendecir» significa comunicar al otro la riqueza interior que uno posee. Dicho de otro modo, la bendición del Señor no se reduce a una declaración de buena voluntad, a meras palabras, sino que es eficaz, performativa diríamos hoy, pues realiza aquello que dice.

A Dios se le aplican unas expresiones muy hermosas («ilumine su rostro sobre ti»... «se fije en ti»...) que expresan la benevolencia con que Él trata a su pueblo. Expresiones todas estrechamente relacionadas con el don de la paz, la protección y la seguridad de parte de Dios. Esta actitud benevolente del Señor confiere a Israel una identidad y un estatuto particulares. Israel será un «pueblo santo», es decir, muy cercano a Dios, un pueblo que ocupará un puesto privilegiado en los designios divinos.

Segunda lectura: Gálatas 4,4-7

Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer.

La carta a los Gálatas, pueblo de origen céltico que se instaló en Asia Menor (la actual Turquía), es una carta muy polémica. Con un estilo directo y agresivo, Pablo intenta hacer frente a una grave crisis de identidad cristiana en el que se encuentran inmersas las comunidades de Galacia. Algunos predicadores del evangelio ponen en entredicho la figura y la doctrina de Pablo, a quien no consideran un verdadero apóstol por no pertenecer al grupo de los Doce. El apóstol no duda en responderles con su acostumbrado ardor defendiendo su identidad y la validez de su evangelio.

La carta se articula en tres secciones: en primer lugar, Pablo reivindica la legitimidad de su condición de apóstol y la autenticidad de su mensaje (Gal 1-2); en segundo lugar, demuestra que la verdadera salvación viene de Dios por medio de Cristo aceptado por la fe (Gal 3-4) y, por último, indica cuál debe ser la actitud de la persona liberada por Cristo e invita a todos a vivir según el Espíritu y no según la carne (Gal 5-6).

Nuestro fragmento (Gal 4,4-7) es una de las cimas teológicas de la carta (cf. Rom 8), donde el misterio de Dios, que se hace presente en Jesucristo, se revela en las tres personas de la Trinidad. Son de notar dos detalles. Es la primera vez en el Nuevo Testamento que al Padre se le llama con el apelativo familiar y cariñoso «Abbá», que corresponde a nuestro «papá» y la única vez en todos sus escritos que Pablo hace alusión a la madre de Jesús («nacido de una mujer»). Algunos, sin embargo, ven en esta expresión una referencia a Eva y su descendencia (Gn 3,16).

Evangelio: Lucas 2,16-21

María meditaba todas estas cosas en su corazón. Al cumplirse los ocho días, le pusieron por nombre Jesús.

El evangelio recoge los últimos versículos del nacimiento de Jesús según Lucas, es decir, la escena conocida como la visita de los pastores (Lc 2,16-21). Después de ver al niño recostado en el pesebre, los pastores corren a anunciar diligentes lo que ya han visto con los ojos de la fe. Porque los pastores han creído antes de haber visto. Ahora les mueve el deseo de comunicar su gozo profundo.

«Y María, conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón» (2,19). Lucas nos presenta a María, junto a José y al niño, como el arquetipo de interioridad reflexiva. El texto griego utiliza el participio femenino *symballousa*, del verbo *symballo* que designa el gesto de echar varias cosas juntas en un mismo lugar. María en su meditación reúne «todas estas cosas», entiéndase todos estos hechos, acontecimientos, palabras, todo lo que ha vivido con asombro a partir del diálogo con el ángel Gabriel en su corazón. Dicho de otro modo, en el corazón de María todas las palabras escuchadas, las experiencias sufridas, los acontecimientos vividos se confrontaban unos con otros hasta hacerse transparentes y luminosos.

Luego, los pastores regresan «dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho» (2,20). Nuestro relato ha empezado con los pastores y termina con ellos. Regresan al desierto, con sus rebaños, con la alegría en el corazón y la alabanza en los labios, actitud propia de los portadores de buenas noticias.

Domingo 2 después de Navidad

Primera lectura: Eclesiástico 24,1-4.12-16

La sabiduría habita en medio del pueblo elegido.

El capítulo 24 contiene el «Elogio de la Sabiduría», el poema más célebre del libro del Eclesiástico (o Sirácida) dedicado a la Sabiduría. Inspirándose en Proverbios 8 y en línea con los otros poemas del libro donde aparece la sabiduría personificada (1,1-10; 4,11-19; 6,18-37; 14,20-15,10), Ben Sira pone en boca de la protagonista un largo discurso en el que narra sus excelencias ante los seres humanos (24,1-31). Nuestro fragmento recoge solamente algunos versículos de esta composición de profundo contenido teológico.

Como la palabra creadora de Dios en Génesis 1, la Sabiduría sale de la boca del Altísimo e inicia un largo viaje por el mundo: recorre el cielo, el abismo, el mar, la tierra, ejercitando su dominio sobre la creación entera. El viaje de la Sabiduría tiene un objetivo muy concreto: busca una morada donde descansar y una heredad donde establecerse. Ella pone todo su esfuerzo en esta búsqueda, pero la decisión la toma su Creador: «Habita en Jacob, sea Israel tu heredad» (v. 13). Finalizado el viaje, la Sabiduría se remonta a los orígenes del tiempo y se proyecta hacia un futuro sin límites, siguiendo un movimiento «centrífugo»: de la santa morada (el templo), también llamada Sión, pasa a la ciudad escogida (Jerusalén) y de allí al pueblo glorioso, porción/heredad del Señor (Israel). Todo el territorio de Israel queda iluminado con su presencia.

Segunda lectura: Efesios 1,3-6.15-18

Nos ha destinado en la persona de Cristo a ser sus hijos

La lectura de la carta a los Efesios une dos fragmentos distintos. El primero (vv. 3-6) forma parte del himno de alabanza que introduce la carta (vv. 3-14), mientras el segundo (vv. 15-18) pertenece a la perícope sucesiva que trata sobre la supremacía de Cristo (vv. 15-23).

En el primer fragmento se bendice a Dios por lo que ha hecho y hace por nosotros por medio de su hijo amado: nos ha elegido, predestinado y llamado a ser cristianos. La elección y predestinación no excluyen a nadie, pues se refieren a todas las personas que acogen con fe a Jesucristo.

En el segundo fragmento, Pablo a su vez da gracias a Dios por la fe de los destinatarios de la carta, los cristianos de Éfeso, y ruega les conceda

la sabiduría de la fe, aquella que les permitirá ahondar en el conocimiento de Dios y la dimensión del Espíritu.

Evangelio: Juan 1,1-18.

La Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros.

El Prólogo (Jn 1,1-18) es un antiguo himno cristológico independiente que fue incorporado al cuarto evangelio. Esto resulta evidente si prestamos atención a su vocabulario. Términos clave del Prólogo, como «palabra» (en griego, *logos*), «gracia» (*kharis*) y plenitud (*pleros*), no vuelven a aparecer en ningún otro pasaje del evangelio. Lo mismo hay que decir de la idea del v. 14: la palabra que establece su tienda en medio de nosotros. Con todo, el Prólogo es la clave de lectura que ilumina el resto del evangelio y nos permite captar su significado más profundo. Se puede dividir en cuatro estrofas: a) vv. 1-5 (acción creadora del *logos*); b) vv. 6-8 (testimonio de Juan el Bautista); c) vv. 9-13 (venida del *logos* al mundo); e) vv. 14-18 (economía de la salvación; el v. 15 es un inciso sobre la misión del Bautista).

Este himno es un caso singular, y esto por dos motivos: primero, porque su autor utiliza el concepto de *logos* (un sustantivo masculino) para identificar a Jesús con Dios; segundo, porque este *logos* presenta muchas afinidades con la *sophia* (sustantivo femenino) de algunos textos del Antiguo Testamento, en especial Proverbios 8 y Eclesiástico 24.

El *logos* existía con Dios desde el principio (Pr 8,22.30; Sir 1,4; 24,9; Sb 9,4), era agente activo en la creación (Pr 3,19; 8,30; Sb 8,6; 9,1-2), era reflejo de la luz de Dios que las tinieblas no podían vencer (Sir 24,32; Sb 6,12; 7,10.26; Ba 4,2), descendió del cielo para morar entre la gente (Sir 24,8; Ba 3,38; Sb 7,27), fue rechazado por algunos (Ba 3,31), pero concedió el don de la vida a aquellos que lo recibieron (Pr 8,35; Sb 6,18-19; 8,17). Queda claro que el autor describe al *logos* por medio de rasgos sapienciales y le atribuye funciones propias de la sabiduría. Es de notar, además, que el movimiento literario y teológico del Prólogo es muy parecido al de Eclesiástico 24 (primera lectura); en ambos casos se trata de un movimiento descendente (el *logos* y la sabiduría al principio están con Dios en el cielo y luego bajan a la tierra); el v. 14 («acampó entre nosotros») es una clara alusión a Eclesiástico 24,13 («habita/acampa en Jacob»). Así pues, el autor del Prólogo utiliza el término abstracto *logos* en lugar del nombre propio Jesús, pero lo que en realidad nos presenta es la historia de Jesús detrás de la cual se perfila la historia de la Sabiduría personificada.

Epifanía del Señor

Primera lectura: Isaías 60,1-6

La Gloria del Señor amanece sobre ti.

El profeta anónimo del exilio conocido como Trito o Tercer Isaías, nos ofrece un magnífico oráculo de salvación (Is 60,1-9) ambientado en una situación semejante a la descrita en el año 520 aC por el profeta Ageo (Ag 2,7-9). Jerusalén apenas se ha liberado de su humillación, pero el proceso de restauración está en su fase inicial. Queda mucho por hacer: hay que reconstruir el templo, repoblar la ciudad, recuperar la identidad, en definitiva, hay que intentar volver a la normalidad. El pasado es parte de la historia, ahora toca construir el presente con la mirada puesta en un futuro esperanzador.

El leccionario selecciona los seis primeros versículos del oráculo mencionado, donde destaca el símbolo de la luz, que representa la presencia del Señor. Hacia Jerusalén «revestida de luz» converge un río de personas procedentes de todas las partes del orbe en una impresionante visión de universalismo y fraternidad entre los pueblos que recuerda Is 2,1-5. El profeta ve una caravana que avanza hacia la ciudad santa en dos grupos: un grupo formado por los israelitas que vuelven del exilio (v. 4) y otro por las naciones extranjeras atraídas por la luz y la gloria de Dios que iluminan el monte Sión. Van cargados de preciosos regalos para dar culto al Señor.

Explosión de júbilo y esperanza. Jerusalén, antes sumida en la oscuridad, se ha convertido en luz de las naciones. En la nueva Jerusalén o ciudad de Dios se vislumbra el ideal teológico de la Iglesia, cuya misión es ofrecer a todos la presencia eficaz de Jesucristo.

Segunda lectura: Efesios 3,2-3a.5-6

Ahora ha sido revelado que también los gentiles son coherederos.

La segunda lectura reúne algunos versículos de Ef 3,1-13, donde Pablo se presenta como elegido para anunciar los planes de Dios en Cristo (lit.: «el ministerio/distribución de la gracia de Dios»), es decir, la misión que le ha sido confiada (cf. Hech 9,15-16). Cristo es el gran protagonista del designio divino. Los demás son mensajeros elegidos para proclamar esa buena nueva a todos los pueblos, independientemente de las distinciones que los humanos han creado.

A Pablo le ha sido revelado el «misterio» de Cristo. «Misterio», palabra clave en nuestra carta y también en la carta a los Colosenses, tiene un indiscutible sabor apocalíptico. Hay una gran diferencia temporal entre el antes (cuando el misterio todavía estaba escondido) y el después (cuando ya se ha revelado). El acento cae en la revelación de Dios a un determinado grupo de personas, por Él escogidas (los cristianos) y al mismo tiempo en la unidad universal en Cristo. Todos los humanos están llamados a anticipar en este mundo su fraternidad universal en cuanto hijos de Dios.

Evangelio: Mateo 2,1-12

Venimos de Oriente para adorar al Rey.

Escuchamos hoy un fragmento del «Evangelio de la Infancia» según Mateo (Mt 1–2). Después del anuncio a José sigue la visita de los magos de Oriente, esos astrónomos babilonios, especialistas en escudriñar los fenómenos naturales (Mt 2,1-12). Este pasaje resume la teología de Mateo: dos realezas entran en conflicto, una temporal y otra eterna, la de Herodes y la de Jesús. Pese a conocer las Escrituras, las autoridades judías y toda Jerusalén se asombran ante el nacimiento del Mesías y no lo reconocen; unos paganos, en cambio, los magos babilonios, lo buscan, lo encuentran, lo adoran y le ofrecen sus dones, los más costosos de la tierra, que simbolizan la realeza del recién nacido.

En este contexto aparece María junto al niño en una escena entrañable, donde ninguno de los personajes pronuncia una sola palabra. Es su presencia la que habla, son sus gestos los que comunican, son sus corazones los que sintonizan alrededor del Rey de los judíos que acaba de nacer y de su madre que lo tiene en sus brazos. María se encuentra en casa, símbolo del hogar, de la paz, de la intimidad, de la iglesia que a todos abraza y a nadie excluye. No aparece con José, ni como prometida ni como esposa, ni preocupada por lo que ha sucedido y sus consecuencias. Está con su hijo, madre e hijo unidos por un vínculo tan profundo como indestructible. Anfitriona, reina y señora de la casa donde brilla la estrella, la casa a la que los magos acuden para adorar llenos de alegría.

Y en todo esto, ¿dónde está José? Imaginamos que también él está en casa, en la penumbra, contemplando a la madre con su hijo, admirando el misterio que no se atrevía a aceptar, reconociendo la acción del Señor en su persona y en su familia, convertido definitivamente de sus dudas y celos. Envuelto en el silencio y a la sombra de María, José empieza a entender y a sentirse parte del proyecto divino. Ante una tal escena sobran las palabras y comentarios: se impone la contemplación.

Bautismo del Señor

Primera lectura: Isaías 55,1-11

Acudid por agua; escuchadme y viviréis.

La primera lectura contiene la página conclusiva (a excepción de los dos últimos versículos, vv. 12-13) del Deutero o Segundo Isaías, profeta anónimo del exilio. Dicha página puede dividirse en dos partes: Is 55,1-5 (la alianza del Señor) y Is 55,6-11 (repatriación e invitación a la conversión), que es considerada como el epílogo de Is 40-55.

Con un lenguaje cargado de alusiones a otros textos del Antiguo Testamento, en Is 55,1-5 el profeta esboza un orden nuevo. Y lo hace anunciando su abundante mercancía, los bienes de primera necesidad (v. 1) y la vida misma (v. 2). Pero en la mercancía también está la Palabra del Señor concretada en la alianza davídica, tema que aparece por primera vez en el Deutero Isaías: «Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa que aseguré a David» (v. 3).

El libro del Deutero-Isaías había comenzado con una exhortación del Señor a consolar a su pueblo (Is 40,1) y termina exhortando a buscar e invocar al Señor (Is 55,6-11). Al final de su buena noticia, el profeta invita a Israel a la conversión. Lo invita a buscar y volverse al Señor, a abandonar los planes y caminos torcidos de los hombres para aceptar los de Dios. La exhortación concluye con un texto muy hermoso y a menudo citado (Is 55,10-11). Se trata de un canto a la fecundidad y eficacia de la Palabra de Dios, la auténtica protagonista de la liberación inminente, que el poeta compara con la lluvia y la nieve que descienden del cielo para empapar, fecundar y hacer germinar la tierra.

Segunda lectura: 1 Juan 5,1-9

El Espíritu, el agua y la sangre.

La primera carta de Juan, atribuida tradicionalmente al autor del cuarto evangelio, es en realidad un escrito anónimo. Su autor es un testigo que pertenece al grupo apostólico, bien como un apóstol, bien como miembro de un grupo que está bajo la sombra de un apóstol. Esta carta, como las otras dos atribuidas a Juan, testimonian un proceso de ruptura en la iglesia apostólica o gran iglesia, la cual pasó probablemente por una grave crisis de identidad hasta el punto de fraccionarse en diversos grupos o corrientes.

La primera carta, la más elaborada teológicamente de las tres, suele considerarse como una síntesis del cuarto evangelio. Aunque no se distingue una estructura lógica y clara, se pueden detectar algunas secciones o desarrollos de pensamiento como por ejemplo: el prólogo (1Jn 1,1-4), caminar en la luz (1Jn 1,5-2,27), vivir como hijos de Dios (1Jn 2,28-4,6) y, por último, el amor y la fe (1Jn 4,7-5,21).

Nuestro fragmento pertenece a 1Jn 5,1-11 (la victoria sobre el mundo), donde se continúa con el tema del amor (en griego, *agape*), constante en todo el escrito, al que se añaden ahora la fe y el testimonio. Es de notar que el término griego aparece, en pocas líneas, cinco veces como verbo y como sustantivo. Se trata de un amor «vertical» que sube hacia el Padre y de un amor «horizontal» que abraza a todos los hermanos y hermanas de la misma familia de Dios, es decir, los hijos e hijas de Dios. (Ver también la segunda lectura del segundo domingo de Pascua).

Evangelio: Marcos 1,7-11

Tú eres mi Hijo amado, mi preferido.

Las distintas ediciones de la Biblia suelen presentar el comienzo del evangelio de Marcos según la siguiente disposición: prólogo (Mc 1,1), predicación de Juan el Bautista (Mc 1,2-8) y Bautismo de Jesús (Mc 1,9-11). El leccionario, en cambio, reúne en un mismo texto los vv. 7-11. Así pues, la lectura evangélica de hoy empieza con la proclamación de Juan el Bautista. Al resaltar la fuerza de Jesús y su capacidad de bautizar en el Espíritu, no hace sino anunciar que Jesús es el Mesías (vv. 7-8). Tal como lo habían anunciado los profetas desde antiguo (cf. Is 11,2; 42,1; 61,1), la fortaleza y el don del Espíritu eran los signos que identificaban al Mesías que había de venir y que todos esperaban en Israel.

Acto seguido, se nos narra el bautismo de Jesús (v. 9). Sorprendentemente, en este versículo Jesús aparece en una situación de inferioridad respecto a Juan el Bautista: el Precursor bautiza al Maestro y no al revés, como cabría esperar. Ahora bien, el acento cae sobre todo en el siguiente cuadro, de carácter claramente teofánico (vv. 10-11). Se trata de una visión interpretativa que quiere hacer emerger el significado profundo del bautismo de Cristo. Dos símbolos ocupan e iluminan la escena: el ver y el escuchar.

El objeto de la visión es el Espíritu que desciende sobre Cristo (cf. Is 11,2). La imagen de la paloma, signo de la nueva creación en el relato del diluvio (Gn 8,9), aquí es emblema del pueblo de Israel (Sal 68,14; Os 7,11) que hace visible la presencia del Espíritu. A la visión se asocia la escucha de la voz de Dios que, inspirándose en el Sal 2,7, proclama: «Tú eres mi Hijo amado, predilecto» (v. 11).

Jesús no sólo es el Mesías esperado sino también el Hijo amado del Padre.